

Recuerdos de la Guerra Civil en Málaga

Adolfo Sánchez Vázquez

A setenta años del estallido de la Guerra Civil Española el gran filósofo malagueño y mexicano, autor de libros fundamentales de filosofía, aborda, a través de los instrumentos privilegiados de la memoria, uno de los acontecimientos decisivos de la historia del siglo XX.

I

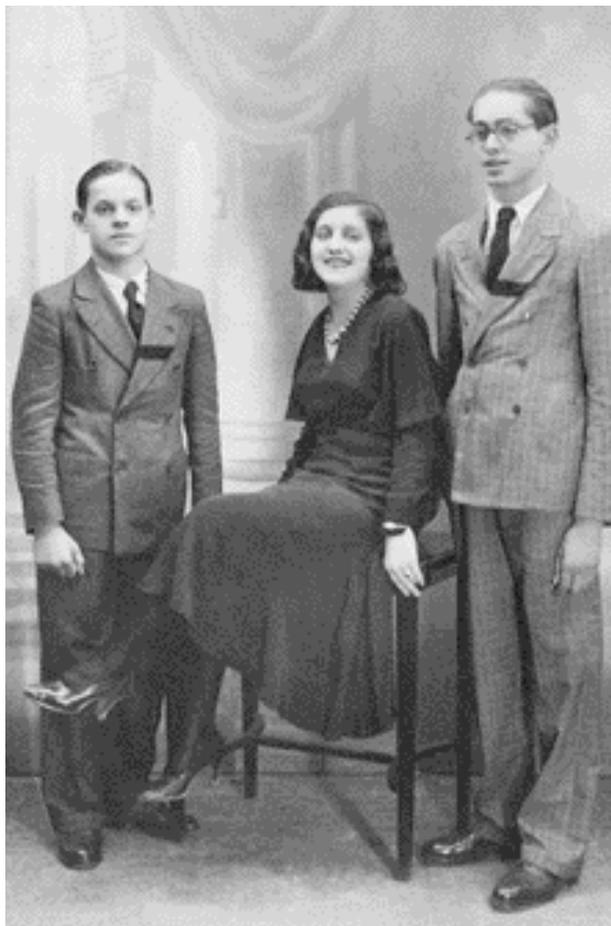
El arco del tiempo de la Guerra Civil en Málaga se extiende entre el 18 de julio de 1936 y el 7 de febrero de 1937, en que las milicias populares se ven forzadas a abandonar la ciudad, iniciándose así el trágico éxodo de más de cien mil malagueños por la carretera de Almería. No llega, por tanto, a siete meses la vida de la ciudad en guerra. Tiempo relativamente breve si se tiene en cuenta que, fuera de ella, duró casi tres años, pero tiempo largo por la cantidad de duras experiencias que albergó, entre ellas las nuestras. De éstas y de los recuerdos que he podido rescatar del olvido sólo traeré a mi memoria los relativos a los días que abren y cierran ese arco temporal de la Guerra Civil en Málaga.

II

El estallido de la sublevación militar el 18 de julio de 1936, precedido días antes por el levantamiento de la guarnición de Marruecos, no fue ninguna sorpresa.

Todo el mundo lo esperaba, excepto el Jefe de Gobierno republicano. En Málaga, como en otras ciudades, los militantes de diversas fuerzas políticas y sindicales, entre ellas las Juventudes Socialistas Unificadas, a las que yo pertenecía, llevaban concentrados varios días en sus respectivos locales, dispuestos a entrar en acción. Y si estaban en la calle o en casa, debían acudir inmediatamente a ellos con la misma disposición. Ahora bien, no obstante los ominosos avisos de que la sublevación era inevitable, nuestro ánimo estaba firme e incluso confiado. Creíamos que se trataría de un pronunciamiento militar clásico: uno más de los tan frecuentes en nuestra historia contemporánea.

La noche del 16 la pasé en vela en el local de nuestra organización juvenil. De los concentrados de aquella noche recuerdo los nombres de Eduardo Muñoz Zafra, Luis Abollado y Manuel Medina Chaparro. Al día siguiente —el 17— llegó la noticia de que la guarnición de Marruecos se había sublevado y pronto se extendió el rumor de que unidades del Tercio y Regulares iban a desembarcar de un momento a otro. Pero nada de eso quebrantaba nuestro ánimo, pues estába-



Adolfo Sánchez Vázquez con sus hermanos Gonzalo y Ángela, Málaga, 1933

mos seguros de que nuestra ciudad —“Málaga la Roja” como entonces le llamábamos— respondería con su probado espíritu combativo al ataque marroquí. Ahora bien, la amenaza fundamental estaba en la Península y, para nosotros, en Málaga, donde todavía la guarnición militar no mostraba sus cartas. Pero, como las de otras ciudades, no tardaría en mostrarlas un día después del 18 de julio. En efecto, una compañía salió del Cuartel de Capuchinos para proclamar el estado de guerra. Del Cuartel se dirigió, recorriendo varias calles, a la Alameda Central.

Esa tarde, era sábado, yo me encontraba en mi casa de la Alameda de Colón descansando de la tensión de las dos noches en vela, pero no estaba inactivo. Recuerdo que me hallaba embebido en la lectura de *Tirano Banderas* de Valle-Inclán. De pronto sonaron unos secos disparos que pusieron fin a mi lectura. Como un resorte me levanté, y sin poder calmar las voces angustiadas de mi hermana —mi padre y mi hermano no estaban allí en aquellos momentos— me lancé a la calle para localizar los disparos, temiendo que fueran la señal del comienzo de lo que esperábamos. A los ocho o diez minutos de caminar a grandes zancadas mis temores se confirmaron. Al llegar a la Alameda Central pude comprobar que los disparos provenían de una compañía que marchaba con el Capitán Huelin, bien conocido en la ciudad por sus simpatías falangistas, al frente. Los

soldados disparaban al aire para impresionar a los sorprendidos transeúntes. Al pasar frente a ellos dejaban una estela de confusión pues voces interesadas hacían correr el rumor de que los militares eran leales a la República y que se dirigían al puerto para embarcar a Marruecos y sofocar la sublevación. Algunos inocentes que lo creyeron prorumpieron en vítores a la República y otros, más inocentes aún, los saludaron con el puño en alto. Pero, pronto se aclaró todo, al virar la compañía no hacia la entrada del puerto, sino al edificio de la Aduana donde residía el Gobierno Civil.

Seguí a los soldados a prudente distancia con un grupo de jóvenes y obreros que se había incorporado a los espectadores y pronto empezó a increpar a los sublevados, pues ahora sí estaban claras sus intenciones. En efecto, se detuvieron cerca de la Aduana, que estaba protegida por Guardias de Asalto fieles al Gobierno Civil. Éstos descargaron sus fusiles y ametralladoras contra los sublevados y así se inició un duelo de disparos que habría de prolongarse varias horas. Previamente, como supe más tarde, los rebeldes habían intentado, sin conseguirlo, que el núcleo del cuerpo de carabineros del Cuartel de la Parra, a la entrada del muelle y del que —como oficial— formaba parte mi padre, se sumara a la sublevación.

Hacia las ocho de la noche, cuando aún no se definía el desenlace de aquel duelo de disparos, decidí dirigirme al local de la JSU para informar de lo que había presenciado y recibir instrucciones. Del desarrollo posterior de aquel encuentro a tiros, me enteré más tarde que nuevos actores habían entrado en escena, ya no se trataba de los sorprendidos y atemorizados espectadores y de algunos de ellos que increpaban a los soldados, sino de grupos armados con los más diferentes pertrechos: navajas, cuchillos o fusiles. Descendían audaces por la principal calle Larios y las adyacentes a la Catedral para aproximarse a la Aduana y hostilizar a los sublevados. Horas más tarde, al no contar éstos con el apoyo de los carabineros del Cuartel de la Parra y sentirse aislados por todas partes, la compañía emprendió la retirada al Cuartel del que había salido.

Por mi parte, yo me había dirigido aquella noche —la del 18— al local de la JSU donde estaba un grupo militante al que informé de lo que había presenciado en la Aduana. El Comité Local se puso en contacto con los comités del PSOE, del Partido Comunista y de los anarquistas de la FAI para hacer frente a la sublevación. No se contaba allí con más armas que las navajas y pistolas de que disponían algunos, aunque poco más tarde se contó con lo que se extrajo de las armerías asaltadas. Yo disponía de una pistola Astra, de las dos que tenía mi padre en casa y que llevaba conmigo, sin que él lo supiera, desde los días de los atentados de los pistoleros falangistas contra compañeros nuestros.

El Comité Local de la JSU decidió que los militantes allí presentes se dividieran en dos grupos: uno que se incorporaría a los que, cerca de la Aduana, hostilizaban a la compañía que pretendía sitiarse y que, como dijimos, acabó retirándose a su Cuartel. Y otro que se dirigiría a la Plaza de la Constitución donde había surgido otro foco rebelde constituido por una sección de ametralladoras que se había instalado desafiante allí. A mí me tocó formar parte de este grupo, lo que acepté gustoso para calmar una íntima inquietud. Resultaba que en la Plaza vivía, con su familia, Aurora, de la que yo estaba secreta y profundamente enamorado. Mi inquietud se aplacó al llegar a la Plaza pues enseguida pude darme cuenta de que Aurora no podía estar en su casa ya que los edificios cercanos a ella estaban en llamas. Y es que otros jóvenes socialistas que nos habían precedido, ante la opción suicida de enfrentarse sin armas a los soldados que les apuntaban con sus ametralladoras, habían prendido fuego a los comercios de la Plaza, cerrados a aquellas horas. Impresionados por las furiosas llamas, y sensibles a los llamamientos conciliadores que les hacíamos para que abandonaran a sus oficiales, así lo hicieron y éstos, al verse aislados, tuvieron que rendirse.

Ya tranquila la Plaza, nos quedamos allí toda la noche. Las llamas no se aplacaban y pronto se extendieron, atizadas por otros grupos, a los edificios más emblemáticos de la adyacente calle Larios.

Del cúmulo de cosas que sucedieron entonces hay una insólita que he contado más de una vez para ilustrar en mis clases una conocida máxima filosófica. Ya con los primeros claros del día y cuando aún humeaban los edificios incendiados de la Plaza, vimos acercarse un grupo de barrenderos. Llegaban por la calle Granada, que desemboca en ella, con paso firme y desenfadado, pertrechados con sus habituales instrumentos de trabajo: cubos y escobas. Sin dar crédito a nuestros ojos corrimos a su encuentro y les preguntamos:

—¿A dónde váis a estas horas?

Y, sin inmutarse, nos contestaron:

—Pues a la Plaza a barrer, como todos los días.

Sin salir de nuestro asombro, exclamamos:

—Pero, ¿no os dáis cuenta de lo que está pasando?

Y uno de ellos, con voz grave, sentenció:

—No importa. ¡Pase lo que pase, nosotros barremos!

Ante aquella respuesta tan insospechada y disparatada no pudimos contener las carcajadas. Yo no podía imaginar lo que más tarde, como profesor de Filosofía, encontraría en ella: un ejemplo del kantismo más puro, el imperativo moral del deber por el deber, cualesquiera que sean las circunstancias. En este caso el deber del barrendero de barrer, aunque el suelo se hundiera bajo sus pies.



Su padre Benedicto Sánchez Calderón, a los 36 años en Algeciras



Su madre María Vázquez Rodríguez, pocos años después de casarse

Al mediodía de aquel día —19 de julio— estaba claro que la sublevación militar había fracasado en Málaga, al igual que, de acuerdo con las noticias captadas por radio, en las principales ciudades del país: Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, en tanto que en otras de Galicia, Castilla y Aragón, así como en las capitales andaluzas —Sevilla, Córdoba y Granada— la balanza parecía inclinarse a favor de los rebeldes. Con España partida en dos, con un ejército agresor en acción y un pueblo desarmado, pero dispuesto a hacer frente a la agresión, empezamos a comprender que ya no estábamos ante un pronunciamiento militar clásico, sino ante una guerra, aunque estábamos muy lejos de sospechar que ésta habría de durar casi tres años.

IV

Antes de reanudar mis recuerdos de los últimos días de la Guerra en Málaga, resumiré esquemáticamente lo que vino después de las jornadas victoriosas de los primeros días. Tras los incendios, las manifestaciones de júbilo y los excesos imposibles de atajar, se abre paso la comprensión de la grave amenaza que representa para Málaga la caída de Sevilla, Córdoba y Granada. Y con ella se vuelve clara —aunque no para todos— la nece-

sidad de hacer lo que obviamente no se sabe hacer: la guerra. Para ella sólo se dispone de las milicias de voluntarios que se organizan en los lugares de trabajo, sin la experiencia militar que sólo, dolorosamente, se alcanzará con el tiempo. Decíamos que la necesidad de hacer la guerra —y, además, frente a un ejército profesional, unido y organizado— no es comprendida por todos, pues en Málaga hay un sector muy influyente —el de la CNT de inspiración anarquista— que sostiene que lo primero y prioritario es hacer la revolución. Y cuando sus milicias hacen la guerra, desconocen —por incompatibilidad con sus principios libertarios— la disciplina militar, toda jerarquía o grados, así como la subordinación a un mando único. En suma, todo lo indicado para vencer en una guerra.

Si a esto se agrega el aislamiento en que se encontraba Málaga y el abandono militar de que fue objeto por el Gobierno puede comprenderse que, no obstante el heroísmo de los milicianos y la solidaridad y ayuda de la mayor parte de la población, se debilitara cada vez más la resistencia de los frentes hasta desaparecer el 7 de febrero de 1937. Por lo que toca a la retaguardia, pese al espíritu solidario y abnegado, su situación fue deteriorándose no sólo por los reveses militares, sino también por una serie de circunstancias, algunas de las cuales paso brevemente a enumerar:

1. La escasez de los alimentos básicos desde los primeros días.

2. Los bombardeos aéreos incesantes e indiscriminados contra los civiles indefensos.

3. La política de “primero la revolución” que se traducía en bastantes casos en incautaciones y colectivizaciones injustificadas.

Y, por último, la avalancha de refugiados de los pueblos vecinos, que huían ante el avance de las tropas enemigas, y que con sus necesidades de alimentación, alojamiento y salud agravaban aún más la situación de la retaguardia.

V

Esta situación de deterioro en el frente y en la retaguardia va a ir ahondándose con el tiempo hasta alcanzar su punto culminante con la ofensiva que desata el ejército franquista a mediados de enero de 1937. Aquí cierro el resumen de lo que vivo después de las jornadas de julio, para volver a mis recuerdos personales del último y trágico tramo de la Guerra Civil en Málaga.

Por aquellos días de enero, yo acababa de regresar de Valencia donde había asistido, como delegado de la organización juvenil sindicalista local, a la Conferencia Nacional de las JSU, que sustituía al Congreso Nacional de unificación de las Juventudes Socialistas y Comu-



Portada del primer número de la revista *Sur* dirigida por Adolfo Sánchez Vázquez y J.E. Rebolledo, Málaga, 1935

nistas, previsto para agosto de 1936, y que por la guerra no se pudo celebrar. De aquella Conferencia recuerdo, sobre todo, el emotivo discurso del poeta Antonio Machado a las juventudes. Durante mi estancia en Valencia y por conversaciones con destacados dirigentes políticos, pude darme cuenta de que el abandono militar que sufría Málaga por parte del Gobierno y, especialmente, por su Ministro de la Guerra tenía un trasfondo político: el predominio se atribuía, y temía, a los comunistas en el Ejército del Sur.

Ya en Málaga, y a poco de salir a la calle para dirigirme al local de las JSU, pude advertir hasta qué punto se había agravado la situación en la ciudad en los pocos días que había estado ausente. Los bombardeos habían aumentado considerablemente y, sobre todo, los más temibles: los nocturnos. El roncar exasperante de los motores, las sirenas aullando y las ensordecedoras explosiones de las bombas se integraban en un círculo infernal. En las calles pude apreciar que el número de refugiados había crecido desmesuradamente, en tanto que las colas habituales se alargaban mucho más. Ya en nuestro local de la calle Granada me dispuse a informar al Comité Local de las JSU y a los militantes que se encontraban allí, sobre la Conferencia de Valencia. Pero tuve que ser breve para dejar paso al informe y discusión sobre lo que apremiantemente interesaba: la situación creada con la fuerte ofensiva enemiga que pretendía cercar a Málaga cortando la carretera de Almería. Frente a las tropas atacantes —marroquíes e italianas— sólo se contaba, desplegados en más de doscientos kilómetros, unos diez mil hombres, con el temple firme de los voluntarios, pero mal, muy mal armados.

En aquella reunión se decidió aportar nuevos contingentes juveniles y se solicitó que de los presentes salieran quince o veinte voluntarios para asumir tareas sumamente difíciles, dispuestos incluso a morir. Mi hermano Gonzalo, que apenas tenía dieciocho años, fue uno de los primeros en ofrecerse y se le encomendó que se dirigiera al frente como comisario adjunto a un teniente coronel que se sospechaba que quería pasarse al enemigo. Por cierto, en aquellos días, mi padre a su vez, liberado de la detención de que injustamente había sido objeto y que, no obstante mis esfuerzos, no pude evitar, recibió la orden de hacerse cargo, en el frente de Zafarraya, del mando de una unidad.

Los desesperados intentos de nuestras fuerzas para contener la ofensiva fueron inútiles. Los refuerzos y pertrechos prometidos desde Madrid nunca llegaron. Ante esta situación, ya el 6 de febrero algunas unidades se vieron obligadas a replegarse sobre Málaga, pero con el agravante de que su repliegue, un tanto desorganizado, tenía que hacerse en compañía de miles de refugiados que huían de sus pueblos, aumentando así la congestión y el caos en los caminos.



El interminable desfile

VI

El 7 de febrero por la mañana las tropas marroquíes e italianas ya estaban a unos cuantos kilómetros de la ciudad. El estruendo de sus cañones se oía cada vez más intenso y, por tanto, más cercano. Fue entonces —exactamente a las 8:15— cuando se tomó la decisión, tan discutida después, de abandonar la ciudad. Esta histórica decisión —como correspondía al carácter de la guerra— no era sólo militar: del Estado Mayor del Coronel Villalba, sino políticas del Comisario de guerra del sector, doctor Cayetano Bolívar; del delegado de la CNT, Margalef, y del delegado del Partido Comunista, Rodrigo Lara. Como decíamos, fue una decisión muy discutida, como pudo verse poco después en el proceso de responsabilidades que se abrió por la caída de Málaga. Mientras el Ministro de la Guerra, General Asensio, acusaba a las autoridades militares y políticas de Málaga de un abandono de la plaza que rayaba en la traición, Villalba y Bolívar justificaban su decisión alegando que la falta de ayuda del Gobierno, al no enviar los refuerzos y el armamento prometidos, había hecho imposible la defensa de Málaga.

Por lo que a mí toca, aquella mañana del 7 de febrero, después de cerciorarme de la decisión tomada, me planteé no analizar si esa decisión era justa o no, sino qué hacer para no caer en la trampa mortal que estaba tendida a la ciudad. Y lo razonable, entonces, era salir inmediatamente hacia la carretera de Almería. Y lo mismo pensaron miles y miles de malagueños desde que la noticia de la decisión de retirarse corrió por toda la ciudad como un reguero de pólvora. Se trata pues de salir y tomar la carretera costera con la esperanza de llegar a Almería tras recorrer más de doscientos kilómetros. Y, además, había que salir lo más pronto posible y apresurando el paso, pues había el riesgo de no termi-



Niños cansados, madres tristes, abuelos impotentes



La caña de azúcar como escaso y único alimento

nar ese recorrido si las tropas enemigas —como era muy probable—, roto el frente como estaba, cortaban la retirada. Por ello, apenas conocida la decisión de la retirada militar, las calles que conducían a la carretera se llenaron de gentes que pronto se convirtieron en una multitud heterogénea de soldados y civiles, hombres y mujeres, ancianos y niños. Iban cargados con todo lo que podían: mantas, colchones, maletas, bultos diversos. La inmensa mayoría se trasladaba a pie, muchos en burros y caballos y los menos en coches atestados. Pero, en los rostros de todos se expresaban los mismos sentimientos: ansiedad e incertidumbre.

Aunque, en verdad, lo razonable era salir y pronto, una duda me asaltó en aquellos momentos: ¿salir así, sin saber nada de la suerte o el infortunio de mi padre y de mi hermano? Pero, ¿dónde y cómo podría saber de ellos? Buscarlos en aquella multitud era como buscar una aguja en un pajar. Así pues, decidí encaminarme, con la multitud, a la carretera de Almería, no sin antes pasar por mi casa de Pedregalejo, donde vivíamos desde que hacía unas semanas, una bomba incendiaria convirtió nuestro piso de la Alameda Colón en pasto de llamas. En la casa encontré a mi hermana, junto a mi madre, sumida en la mayor desolación. Pero, aunque desolada, no perdía la cabeza. Comprendía las razones para que me incorporara al gentío que pasaba frente a la casa, pero había decidido quedarse. Y no sólo por la esperanza de poder ayudar a mi padre y a mi hermano si no lograban salir, sino sobre todo por la imposibilidad de que mi madre saliera, dada una vieja enfermedad que la tenía sumida mentalmente en un mundo infantil, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor.

VII

Así pues, en estas circunstancias familiares tan dolorosas, me sumé al río de fugitivos que pasaba ante la casa.

Pero antes, y esto no podía tener la menor trascendencia, me tomé quince minutos para deshacerme, en una alcantarilla cercana, de todo un cúmulo de libros, periódicos, documentos y manifiestos que podían comprometer a mi hermana. Pero el tiempo no daba para más. Cada minuto que robaba a la marcha elevaba el riesgo mortal de no terminarla. Me incorporé, pues a ella, tras de subir a mi desvencijado coche a una desesperada familia, integrada por dos mujeres, un anciano y dos niños, que me lo pedían a gritos. Desde ese momento compartí el dolor y la angustia de aquel río humano que, en silencio y a paso desigual, pretendía llegar a Almería. Aunque de este éxodo dejé un testimonio escrito, pocos meses después, en la revista *Hora de España*, volveré ahora a traer a la memoria algunos recuerdos de esa terrible experiencia vivida.

Ya anocheceía aquel domingo 7 de febrero, sin que todavía se notara en los cuerpos los estragos de la marcha. Pero, en la madrugada del lunes, apenas cubiertos los primeros veinticinco kilómetros, ya se acusaban, sobre todo en los niños y en los ancianos, signos de flaqueza. Y aflojaban un tanto el paso, justamente cuando desde el principio se necesitaba acelerarlo, pues la amenaza del corte de la carretera estaba cada vez más presente. Acelerar la marcha era acercarse a la vida, aflojarla —no digamos detenerla o detenerse—, era acercarse a la muerte. Y así la multitud avanzaba obsesionada por la necesidad de apretar el paso, en un silencio impresionante, sólo turbado por los gritos de los niños y las maldiciones de los ancianos. Ya pasado Vélez-Málaga, el motor de nuestro coche se niega a funcionar y tenemos que seguir a pie. Yo cargo “con un niño sobre la espalda y otro en brazos” como recuerda Elena Poniatowska en su biografía de Tina Modotti, que como abnegada enfermera del doctor Bethume, estaba aquellos días en la carretera.

Ya cerca de Nerja, hay muchos pies que se resisten a marchar. Otros, en verdad, no caminan sino que se

arrastran multiplicando sus ampollas. Hay ojos que ya no quieren mirar, sino cerrarse. Y hay labios que sólo se despliegan para pronunciar débilmente estas palabras: ¿dónde está el fin? Y así un minuto y otro, durante cuatro o cinco días. Pero, para muchos, el fin que se ansía no llegará nunca, pues sus cuerpos no están hechos para soportar más y se quedan impotentes en el camino, aunque con vida aún. Y los que todavía pueden caminar de pronto tienen que detenerse y, espantados, echarse a tierra o esconderse en los huecos del camino o al otro lado de la sierra para no ser despedazados por los obuses de los cañones de los barcos de guerra que disparan a ras de tierra, o más bien del mar, desde doscientos metros. Pero los disparos atajan todos los movimientos sin que nadie pueda sentirse seguro. Cuando el fuego cesa, los supervivientes se encuentran ante los heridos que no pueden atender y ante los muertos que se quedan para siempre en ese tramo de la marcha. Y con esta trágica contabilidad los vivos reinician la marcha dejando atrás brazos arrancados, cuerpos partidos y, lo que es peor, los lamentos desgarrados de aquellos cuyas heridas no pueden cerrar.

La triste caravana prosigue su marcha, adelgazando cada vez más sus filas. Nerja quedó atrás y Motril no llega, y mientras tanto no sólo se hacen presentes los cañones desde el mar, sino otros dos aliados del dolor y de la muerte: el hambre y el frío. Los jóvenes y los adultos resisten calladamente, pero los niños —¡ah, los niños!— que, como tantos otros tiemblan en mis brazos, lloran sin cesar y piden pan a gritos. Y, pese a todo, hay que marchar sin descanso posible. Quien se detiene quizás está firmando su sentencia de muerte. Y, sin embargo, de cuando en cuando hay que detenerse o correr. Y no sólo por los disparos rasantes que llegan del mar sino por las bombas que labran la muerte desde el aire, el cielo —ese límpido cielo andaluz— es ahora el tenebroso espacio del crimen desde el cual los trimotores alemanes tiñen la tierra de sangre. Y, por si fuera poco esta alianza del terror del cielo y del mar, en tierra los tanques pisan los talones de los últimos fugitivos de la caravana. Y con esta espantosa convergencia de la muerte por mar, tierra y

aire la columna se estremece y se estrecha una vez más. Como fantasmas en la noche última se arrastran los cuerpos con los pies sangrando, los pulmones secos y las bocas jadeantes, pronunciando una sola palabra que repiten débilmente: Almería, Almería, Almería... Aunque también hay algunos que avanzan como autómatas, pronuncian palabras incoherentes ya fuera del reino de la cordura.

Y así prosigue la marcha, en medio del frío y del hambre, bajo los obuses y las bombas, entre el silencio de los padres, las maldiciones de los abuelos y los gritos de los niños, hasta llegar —unos a la luz de la luna, otros bajo los rayos del sol— a la ansiada y, por fin, alcanzada meta: Almería.

VIII

Unas reflexiones finales ante una inquietante y legítima pregunta: ¿valió la pena este éxodo con su terrible costo humano? Y nuestra respuesta es categórica: sí, valió y valdrá siempre como testimonio de la dignidad y grandeza moral de los más de cien mil malagueños que arrojaron el hambre y el frío, y la muerte por cielo, mar y tierra antes que vivir de rodillas. Y valió la pena también como un acta de acusación contra el terror y el crimen fascista que se multiplicaría poco después en Málaga con la represión implacable que sufrieron, entre tantas gentes dignas, muchos que no quisieron o no pudieron salir.

Y con esta valoración del éxodo por la carretera de Almería cerramos nuestros recuerdos de los días iniciales y finales de la Guerra Civil que en Málaga nos tocó vivir. **U**

Las imágenes que acompañan este texto pertenecen a los libros: *Adolfo Sánchez Vázquez: los trabajos y los días*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1995 (edición de Federico Álvarez) y *El crimen de la carretera Málaga-Almería, febrero de 1937*, Norman Bethune, Caligrama Ediciones, 2004.

La triste caravana prosigue su marcha, adelgazando cada vez más sus filas. Nerja quedó atrás y Motril no llega, y mientras tanto no sólo se hacen presentes los cañones desde el mar, sino otros dos aliados del dolor y de la muerte: el hambre y el frío.